

oracion humilde del publicano del Evangelio, que no osaba alzar los ojos al cielo ni acercarse al altar, sino allá léjos en un rincón del templo, hiriendo sus pechos, con humilde conocimiento decia: *Deus propitius esto mihi peccatori.* Luc. XVIII, v. 13. Señor, habed misericordia de mí, que soy gran pecador: *Dico vobis, descendit hic justificatus in domum suam ab illo:* De verdad os digo, dice Cristo nuestro Señor, que salió este justificado del templo, y el otro fariseo soberbio, que se tenia por bueno, salió condenado. De esta manera podríamos discurrir por las demás virtudes; y así, si quereis un atajo para alcanzarlas todas, y un documento breve y compendioso para llegar presto á la perfeccion, este es, ser humilde.

CAPÍTULO IV.

De la necesidad particular que tienen de esta virtud los que profesan ayudar á la salvacion de los prójimos.

Quanto magnus es, humilia te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam. Eccli. III, v. 20. Quanto fueres mayor, tanto mas te humilla, dice el Sábio, y hallarás gracia delante de Dios. Los que profesamos ganar almas para Dios, tenemos oficio de grandes. Que para nuestra confusion bien lo podemos decir, hanos llamado el Señor á un estado muy alto, porque nues-

tro instituto es para servir á la santa Iglesia en muy altos y levantados ministerios (para los cuales escogió Dios á los Apóstoles), que son la predicacion del Evangelio, la administracion de los Sacramentos y de su sangre preciosísima, que podemos decir con san Pablo: *Dedit nobis ministerium reconciliationis.* II ad Cor. V, v. 18. Llama ministerio de reconciliacion la gracia y la predicacion del Evangelio, y los Sacramentos, por donde se comunica esta gracia: *Et posuit in nobis verbum reconciliationis, pro Christo ergo legatione fungimur:* Hízonos Dios ministros suyos, embajadores suyos, como apóstoles suyos, legados del sumo pontífice Jesucristo, lenguas é instrumento del Espíritu Santo: *Tantum Deo exhortante per nos:* Por nosotros es servido el Señor de hablar á las almas. Por estas lenguas de carne quiere el Señor mover los corazones de los hombres. Pues por esto tenemos mas necesidad que otros de la virtud de la humildad, por dos razones: La primera, porque cuanto mas alto es nuestro instituto y la alteza de nuestra vocacion, tanto mayor es nuestro peligro y el combate de la soberbia y vanidad. Los montes mas altos, dice san Jerónimo, con mayores vientos son combatidos. Andamos en ministerios muy altos, y por eso somos respetados y estimados de todo el mundo, somos tenidos por santos, y por otros apóstoles en la tierra, y que nuestro trato es to-

do santidad, y hacer santos á los que tratamos. Grande fundamento de humildad es menester para no dar con tan alto edificio en tierra: gran fuerza y gran caudal de virtud es menester para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella; cosa dificultosa es andar entre honras, y que no se pegue algo al corazon. No todos tienen cabeza para andar en alto. ¡Oh cuántos se han desvanecido y caído del estado alto en que estaban por faltarles este fundamento de humildad! ¡Cuántos, que parecia que como águilas iban levantados en el ejercicio de las virtudes, por soberbia quedaron hechos murciélagos! Milagros hacia aquel monje, de quien se escribe en la vida de san Pacomio y Palemon, que andaba sobre las brasas sin quemarse: empero de aquello mismo se ensoberbeció, y tenia en poco á los otros, y decia de sí mismo: Este es santo que anda sobre las brasas sin quemarse: ¿cuál de vosotros hará otro tanto? Corrigióle san Palemon, viendo que era soberbia, y al fin vino á caer miserablemente y acabar mal. Llena está la Escritura y las historias de los Santos de semejantes ejemplos.

Pues por esto tenemos particular necesidad de estar muy fundados en esta virtud, porque, sino, estamos en gran peligro de desvanecernos y caer en el pecado de soberbia, y en la mayor que hay, que es la soberbia espiritual. San Buena-

ventura, declarando esto, dice que hay dos maneras de soberbia: una de las cosas temporales, y esta llama soberbia carnal: otra de las cosas espirituales, que llama soberbia espiritual: y esa, dice, es mayor soberbia y mayor pecado que la primera: y la razon está clara; porque el soberbio, dice san Buena-ventura, es ladron que comete hurto, porque se alza con lo ajeno contra la voluntad de su dueño, álzase con la gloria y honra que es propia de Dios, y que no la quiere él dar á otro, sino reservarla para sí: *Gloriam meam alteri non dabo,* dice él por Isaías, XLII, v. 8, et XLVIII, v. 11. Esa quiere hurtar á Dios el soberbio, y alzarse con ella, y atribuirle á sí. Pues cuando uno se ensoberbece de un buen natural, de la nobleza, de la buena disposicion del cuerpo, del buen entendimiento, de las letras ú otras habilidades semejantes, ladron es; pero no es tan grande el hurto: porque aunque es verdad que todos esos bienes son de Dios, pero son los salvados de su casa. Empero el que se ensoberbece de los dones espirituales de gracia, de la santidad, del fruto que hace en las almas, ese es grande ladron, robador de la honra de Dios, ladron famoso que hurta las joyas mas ricas y de mayor precio y valor delante de Dios, que las estimó él en tanto que por ellas dió por bien empleada su sangre y su vida. Y así el glorioso y bienaventurado san Francisco andaba con grande temor de caer en esta soberbia, y de-

cia á Dios: Señor, si algo me dié-
reis, guardadlo Vos, que yo no me
atrevo, porque soy un gran ladron
que me alzo con vuestra hacienda.
Pues andemos nosotros tambien
con este temor, que tenemos mas
razon de tenerle, pues no somos
tan humildes como san Francisco;
no caigamos en esta soberbia tan
peligrosa; no nos alcemos con la
hacienda de Dios, que la traemos
entré las manos, y ha hecho Dios
mucha confianza de nosotros; no
se nos pegue algo, ni nos atribu-
yamos á nosotros cosa alguna, vol-
vámoselo todo á Dios.

No sin gran misterio Cristo
nuestro Redentor, *Marc. 16, v. 14*,
cuando apareció á sus discipu-
los el dia de su gloriosa Ascen-
sion, primero les reprendió de
la incredulidad y dureza de cora-
zon, y despues les mandó ir á pre-
dicar el Evangelio por todo el
mundo, y les dió poder para hacer
muchos y grandes milagros; dán-
donos á entender que quien ha de
ser levantado á grandes cosas pri-
mero es menester que sea humilla-
do, y se abata en sí mismo, y ten-
ga conocimiento de sus propias
flaquezas y miserias, para que,
aunque despues vuele sobre los cie-
los y haga milagros, quede entero
en su propio conocimiento, y asi-
do á su propia bajeza, sin atribuir-
se á sí mismo otra cosa sino su in-
dignidad. Teodoreto, q. 10 super
Exod., nota á este propósito, que
por esta misma causa, queriendo
Dios elegir á Moisés por capitan y

caudillo de su pueblo, y hacer por
su medio tantas maravillas y seña-
les como habia de hacer, quiso que
primero aquella mano con que ha-
bia de dividir el mar Bermejo, y
hacer obras tan maravillosas, en-
trándola en el seno, la sacase y
viese toda llena de lepra.

La segunda razon por la cual
tenemos más particular necesidad
de humildad, es para hacer fruto
con esos mismos misterios que te-
nemos; de manera que no solo nos
es necesaria la humildad para nos-
otros, para nuestro propio apro-
vechamiento, para que no nos des-
vanezcamos y ensorberbecamos, y
así nos perdamos; sino tambien pa-
ra ganar nuestros prójimos y ha-
cer fruto en sus almas. Uno de los
principales y mas eficaces medios
para esto es la humildad, que des-
confiemos de nosotros mismos, y
no estribemos en nuestras fuerzas,
industria y prudencia, sino que
pongamos toda nuestra confianza
en Dios, y á él lo reframos y atri-
buyamos todo, conforme á aquello
del Sábio: *Habe fiduciam in Domi-
no ex toto corde tuo, et ne inni-
taris prudentia tua.* Prov. III, v. 5.
Y la razon de esto, como dirémos,
c. 10 y 38, despues mas largamente,
es, porque cuando desconfiados
de nosotros ponemos toda
nuestra confianza en Dios, se lo
atribuimos todo á él, y hacemosle
cargo de todo, con que le obliga-
mos mucho á que él tome la ma-
no en ello. Señor, haced vuestro
negocio: la conversion de las al-

mas negocio vuestro es, y no nues-
tro; ¿qué parte somos nosotros pa-
ra eso? Pero cuando vamos confi-
ados en nuestros medios y en
nuestras razones, hacémosnos parte
en el negocio, atribuyendo mucho
á nosotros mismos, y todo eso
quitamos á Dios. Son como las
dos balanzas, que cuando sube la
una, baja la otra; quanto atribui-
mos á nosotros quitamos á Dios,
y nos queremos alzar con la glo-
ria y honra que es propia suya,
y así permite él que no se ha-
ga nada. Y plegue al Señor que
no sea esta algunas veces la causa
de no hacer tanto fruto en los pró-
jimos.

De nuestro bienaventurado Pa-
dre san Ignacio leemos en su vida,
l. 3, c. 2, que con unas pláticas de
doctrina cristiana que hacia en
Roma, llanas y con palabras tos-
cas é impropias, porque no sabia
bien la lengua italiana, hacia tan
gran fruto en las almas, que en
acabando la plática venian los pe-
nitentes, heridos los corazones de
dolor, gimiendo y sollozando á
los piés del confesor, que de lá-
grimas y sollozos apenas podian
hablar; porque no ponía la fuerza
en las palabras, sino en el espíritu:
*Non in persuasibilibus humana sa-
pientia verbis, sed in ostensione spi-
ritus, et virtutis*, I ad Cor. II, v. 4,
como decia san Pablo. Iba descon-
fiado de sí, y ponía toda su con-
fianza en Dios, y así él daba tanta
fuerza y espíritu á aquellas pala-
bras toscas é impropias, que pa-

recia que arrojaba unas como lla-
mas encendidas en los corazones de
los oyentes. Ahora no sé si el no ha-
cer tanto fruto es que vamos muy
asidos á nuestra prudencia, y es-
tribamos y confiamos mucho en
nuestros medios, letras y razones,
y en el modo de decirlas, muy pu-
lido y elegante, y nos vamos sabo-
reando y contentando mucho de
nosotros mismos. Pues yo haré, di-
ce Dios, que cuando á vos os pa-
rece que habeis dicho mejores co-
sas y mas concertadas razones, y
quedais muy contento y ufano,
pareciéndoos que habeis hecho al-
go, entonces hagais menos, y se-
cumpla en vos aquello que dice el
profeta Oseas, IX, v. 14: *Da eis Do-
mine. Quid dabis eis? Da eis cul-
vam sine liberis, et ubera arentia:*
Yo os haré madre estéril, que no
tengais mas que el nombre. El Pa-
dre fulano, el Padre predicador, con
el nombre solo os quedaréis, y no
tendréis hijos espirituales: os daré
pechos secos, que no se os peguen
hijos, ni se les pegue lo que les decís,
que eso merece el que se quiere al-
zar con la hacienda de Dios, y atri-
buirse á sí lo que es propio de su
divina Majestad. No digo yo que
no ha de ir muy bien estudiado,
muy bien mirado lo que se predica;
pero no basta eso, es menester que
vaya tambien muy bien llorado, y
muy encomendado á Dios, y que
despues que os hayais quebrado la
cabeza en estudiarlo y rumiarlo,
digais: *Servi inutiles sumus; quod
debuiamus facere, fecimus.* Luc.

c. xvii, v. 10. Siervos somos sin provecho, ¿qué podré yo hacer? Cuando mucho, un poco de ruido con mis palabras, como la escopeta sin pelota; pero el golpe en el corazón Vos, Señor, sois el que le habeis de dar: *Cor regis in manu Domini, quocumque voluerit, inclinabit illud.* Prov. xxi, v. 1. Vos, Señor, sois el que habeis de herir y mover los corazones; ¿qué parte somos nosotros para eso? ¿Qué proporción hay de nuestras palabras, y de cuantos medios humanos podemos nosotros poner, para un fin tan alto y sobrenatural como es convertir las almas? Ninguna. Pues ¿por qué quedamos tan ufanos y tan contentos de nosotros mismos, cuando nos parece que se hace fruto, y que nos suceden bien los negocios, como si nosotros lo hubiéramos acabado? *Numquid gloriabitur securis contra eum qui secat in ea? Aut exaltabitur serra contra eum à quo trahitur?* ¿Por ventura, dice Dios por Isaias, x, v. 15, gloriarse ha la hacha ó la sierra contra el que obra con ella, diciendo: yo soy la que he cortado, yo soy la que he aserrado el madero? *Quomodo si elevetur virga contra elevan-tem se, et exaltetur baculus, qui uti-que lignum est:* Eso es como si el báculo se ensalzase y engreyese porque le levantan: siendo un leño que no se puede menear si no le menean. Pues de esa manera somos nosotros respecto del fin espiritual y sobrenatural de la conversión de las almas. Somos como

unos leños, que no nos podemos mover ni menear si Dios no nos menean. Y así todo se lo habemos de atribuir á él, y no tenemos de qué gloriarnos.

Estima Dios tanto que no estimemos en nuestras fuerzas y medios humanos, y que no nos atribuyamos nada á nosotros, sino que todo se lo atribuyamos á él, y á él demos la gloria de todo, que por esto dice san Pablo que Cristo nuestro Redentor, para la predicación de su Evangelio, y convertir el mundo, no quiso escoger letrados, ni hombres elocuentes, sino unos pobres pescadores, idiotas y sin letras: *Quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia; et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt, destrueret.* I ad Cor. i, v. 27. Escogió Dios ignorantes é idiotas para confundir á los sábios del mundo; escogió pobres y flacos para confundir á los fuertes y poderosos; escogió los bajos y abatidos en el mundo, y que parece que no eran nada en él, para derribar los reyes y emperadores y todos los grandes de la tierra. ¿Sabeis por qué? Dice san Pablo, I ad Cor. i, v. 29: *Ut non gloriatur omnis caro in conspectu ejus, sed quemadmodum scriptum est, qui gloriatur, in Domino gloriatur:* Para que no se glorie el hombre delante de Dios, ni tenga ocasión de atribuirse nada á sí, sino que todo lo atribuya á Dios,

y á él dé la gloria de todo. Si los predicadores del Evangelio fueran muy ricos y poderosos, y con mucha gente y mano armada fueran por ese mundo á predicar el Evangelio, pudiérase atribuir la conversión al poder y fuerza de armas: si escogiera Dios para eso grandes letrados y grandes retóricos del mundo, que con sus letras y elocuencia convencieran á los filósofos, pudieran atribuir la conversión á la elocuencia y á la sutileza de sus argumentos, y disminuirase con eso el crédito y reputación de la virtud de Cristo. Pues no de esa manera, dice san Pablo, I ad Cor. i, v. 17: *Non in sapientia verbi, ut non evacuetur crux Christi:* No quiso Dios que fuese con sabiduría y elocuencia de palabras, para que no se menoscabase la estima de la virtud y eficacia de la cruz y pasión de Cristo. Dice san Agustín, tract. 7 sup. Joan.: *Dominus noster Jesus Christus volens superbiorum frangere cervices, non quasivit per oratorem piscatorem, sed è piscatore lucratu est imperatorem:* Nuestro Señor Jesucristo, queriendo quebrantar y bajar las cervices de los soberbios, no buscó pescadores por oradores, sino por unos pobres pescadores derribó y ganó á los oradores y á los emperadores. *Magnus Cyprianus orator, sed prius Petrus piscator, per quem postea crederet non solum orator, sed et imperator:* Gran retórico y orador fue san Cipriano, pero primero fue san Pedro

pescador, por medio del cual creyese y se convirtiese no solo el orador, sino también el emperador.

Llena está la sagrada Escritura de ejemplos en que escogía Dios instrumentos y medios flacos para hacer cosas grandes, para enseñarnos esta verdad, y que quedase muy fijo en nuestros corazones que no tenemos de qué gloriarnos, ni que atribuir nada á nosotros, sino todo á Dios nuestro Señor. Eso nos quiso decir aquella insigne victoria de Judit, una mujer flaca contra un ejército de mas de ciento y cincuenta mil hombres. Eso nos dice lo de un pastorcico David, que muchacho, y sin armas, con su honda derribó al gigante Goliat: *Ut sciat omnis terra, quia est Deus in Israel, et noverit universa Ecclesia hæc, quia non in gladio, nec in hasta salvat Dominus, ipsius est enim bellum.* I Reg. xvii, v. 46. Para que sepa todo el mundo, dice, que hay Dios en Israel, y entiendan todos que no ha menester Dios espada ni lanza para vencer, porque suya es la batalla, y suya es la victoria, y para que eso se entienda, la quiere él dar sin armas. Este fue también el misterio de Gedeon, el cual habia juntado treinta y dos mil hombres contra los madianitas, que eran mas de ciento y treinta mil, y dícele Dios: *Multus tecum est populus, nec tradetur Madian in manus ejus.* Judic. vii, v. 2. Gedeon, mucha gente teneis, con tanta gente no podeis vencer. Mirad

qué razon da Dios: no podréis vencer porque sois muchos. Si dijera, no podréis vencer porque ellos son muchos y vosotros pocos, pareciera buena razon. Os engañais, no lo entendeis, esa fuera razon de hombres, esa otra es razon propia de Dios. No podeis vencer, dice Dios, porque sois muchos. ¿Por qué? *Ne gloriatur contra me Israel, et dicat meis viribus liberatus sum*: Porque no se glorie contra mí Israel, y se alce con la victoria, y quede muy ufano pensando que con sus fuerzas ha vencido. Da Dios traza que solo queden trescientos hombres con Gedeon, y con esos le manda que presente la batalla al enemigo, y con ellos le dió la victoria, y aun no fue menester que se pusiesen en armas, ni que echasen mano á las espadas, sino solo con el sonido de las trompetas que llevaban en la una mano, y con el ruido del quebrar los cántaros, y el resplandor de las hachas encendidas que llevaban en otra mano, causó Dios tanto terror y espanto en los enemigos, que unos á otros se atropellaban y mataban, huyendo, pensando que venia todo el mundo sobre ellos. Ahora no diréis que por vuestras fuerzas habeis vencido. Eso es lo que pretende Dios. Pues si en las cosas temporales y humanas, en las cuales nuestros medios tienen alguna proporcion con el fin, y nuestras fuerzas con la victoria, no quiere Dios que nos atribuyamos á nosotros alguna cosa, sino que la

victoria de la batalla y el buen suceso de los negocios todo se le atribuya á él; si aun en las cosas naturales, ni el que planta, ni el que riega es algo, no es el hortelano el que hace crecer las plantas, y dar el fruto á los árboles, sino Dios; ¿qué será en las cosas espirituales y sobrenaturales de la conversion de las almas y de su aprovechamiento y crecimiento en virtud, donde nuestros medios, fuerzas é industrias quedan tan cortas y tan atrás, que ninguna proporcion tienen con tan alto fin? Y así dice el apóstol san Pablo: *Itaque neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus*. I ad Cor. iii, v. 7. Dios solo es el que puede dar el crecimiento y fruto espiritual. Dios solo es el que puede poner terror y espanto en los corazones de los hombres. Dios solo es el que puede hacer que los hombres aborrezcan los pecados, y dejen la mala vida, que nosotros solamente podemos hacer un poco de ruido con la trompeta de su Evangelio; y si quebrantamos los cántaros de nuestros cuerpos con la mortificacion, para que nuestra luz resplandezca delante de los hombres con vida muy ejemplar, no harémos poco, con eso Dios dará la victoria.

Saquémos de aquí dos cosas que nos ayudarán mucho para ejercitar nuestros ministerios con mucho consuelo y aprovechamiento, así nuestro como de los prójimos. La primera, lo que está dicho, que

desconfiemos de nosotros, y pongamos toda nuestra confianza en Dios, y todo el fruto y buen suceso de los negocios se lo atribuyamos á él. Dice san Crisóstomo (1): *Notimus igitur extolli, sed et nos dicamus inutiles, ut utiles efficiamur*: No nos ensoberbecamos, sino confesémonos por inútiles, para que así seamos útiles y provechosos. Y san Ambrosio (2) dice: Si quereis hacer mucho fruto en los prójimos, guarda aquel documento que nos enseña el apóstol san Pedro: *Si quis loquitur quasi sermones Dei, si quis ministrat tanquam ex virtute, quam administrat Deus, ut in omnibus honorificetur Deus per Jesum Christum, cui est gloria, et imperium in sæcula sæculorum. Amen*. I Petr. iv, v. 11. El que habla, haga cuenta que Dios puso aquellas palabras en su boca: el que obra, haga cuenta que Dios es el que obra por él, y déle á él la gloria y honra de todo. No nos atribuyamos á nosotros cosa alguna, ni nos alcemos con nada, ni tomemos vano contentamiento en ello.

La segunda cosa que habemos de sacar, es no desanimarnos ni desconfiar, viendo nuestra poquedad y miseria: de lo cual tenemos tambien mucha necesidad; porque ¿quién viéndose llamado á un fin é instituto tan alto y sobrenatural, como es convertir almas y sacarlas

de pecados, de herejias é infidelidad; quién poniendo los ojos en sí, no desmayará? ¿Jesús, qué desproporcion tan grande! No dice á mí esa empresa, que yo soy mas necesitado y mas miserable que todos. ¡Oh qué engañado estais! Antes por eso dice á vos esa empresa. No podia acabar de creer Moisés que él habia de hacer una obra tan grande, como era sacar el pueblo de Israel del cautiverio de Egipto, y excusábase con Dios, que le enviaba á eso: *Quis sum ego ut vadam ad Pharaonem, et educam filios Israel de Aegypto?* Exod. iii, v. 11. ¿Quién soy yo, para ir á tratar con el Rey, y hacer que deje salir el pueblo de Israel de Egipto? *Obsecro Domine, mitte, quem missurus es*. Exod. iv, v. 11. Enviad, Señor, á quien habeis de enviar, que yo no soy para eso, que soy tartamudo. Eso es lo que yo he menester, dice Dios: *Ego ero in ore tuo, doceboque te, quid loquaris*: Que no lo has de hacer tú, yo seré contigo, y te enseñaré lo que has de hablar. Lo mismo le aconteció al profeta Jeremías: enviábale Dios á predicar á las gentes, y comienza á excusarse: *A, a, a, Domine Deus: ecce nescio loqui, quia puer ego sum*. Jerem. i, v. 6. A, a, a, ¿no veis, Señor, que no acierto á hablar, que soy niño? ¿cómo me quereis enviar á una empresa tan grande? Y aun por eso que bien estais en la cuenta. Eso es lo que anda Dios á buscar. Antes si tuviérais muchas partes, por ventura no os escogiéra Dios para

(1) Chrysost. homil. 33 ad Popul. Antioch. tom. 5.

(2) Ambros. epist. 4 ad sacr. Virgin. De metr.

eso, porque no os alzárais con ello, y os atribuyérais á vos algo. Anda Dios á escoger gente humilde, gente que no se atribuya nada á sí, y por eso quiere hacer cosas grandes.

Cuentan los sagrados Evangelistas que, viniendo de predicar los Apóstoles, viendo Cristo nuestro Redentor el fruto y maravillas grandes que habian hecho, se regocijó en su espíritu, y comenzó á glorificar y dar gracias á su Padre eterno: *In ipsa hora exultavit in Spiritu Sancto, et dixit: Confiteor tibi Pater Domine Cæli, et terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis: ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.* Luc. x, v. 21; Matth. xi, v. 25. Gracias te doy, Padre eterno, Señor del cielo y la tierra, que escondistes estas cosas á los sábios y prudentes del mundo, y las revelaste y comunicaste á los pequeñuelos, y por ellos quieres hacer tantas maravillas y milagros. Bendito y alabado seais, Señor, para siempre, porque os ha placido hacerlo así. ¡Oh dichosos los pequeñuelos! dichosos los humildes, los que no se atribuyen nada á sí, porque esos son los que levanta Dios nuestro Señor: esos son por quien hace las maravillas, á esos toma él por instrumento para hacer grandes cosas, grandes conversiones, y grande fruto en las almas! por eso nadie desconfie, nadie desanime: *Nolite timere pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum.*

Luc. xii, v. 32. No quieras temer, manada pequeña, no desmayes ni te desanimas, Compañía mínima de Jesús, por verte pequeñuela y la mas mínima de todas; porque le ha placido á vuestro Padre celestial de franquearos las almas y los corazones de los hombres. Yo seré con vosotros, dijo Cristo nuestro Redentor á nuestro Padre san Ignacio, l. 2 de su vida, c. 12, cuando se le apareció yendo á Roma: *Ego vobis Romæ propitius ero:* Yo os ayudaré, yo seré en vuestra compañía. Y por este milagro y aparición maravillosa se le dió á esta Religion este nombre y apellido de Compañía de Jesús, para que entendamos, que no somos llamados á la Compañía y Orden de Ignacio, sino á la Compañía de Jesús, y tengamos por cierto que Jesús será siempre en nuestra ayuda como él se lo prometió á nuestro santo Padre, y que á él tenemos por caudillo y capitan, y así no nos cansemos ni desmayemos en esta empresa tan grande de ayudar á las almas á que Dios nos ha llamado.

CAPÍTULO V.

Del primer grado de humildad, que es tenerse uno en poco, y sentir bajamente de sí mismo.

San Laurencio Justiniano dice, que ninguno conoce bien qué cosa es humildad, sino el que ha recibido de Dios ser humilde: es

cosa muy difícil de conocer. En ninguna cosa se engaña tanto el hombre, dice este Santo, como en conocer la verdadera humildad. ¿Pensais que consiste en decir que soy un miserable, y que soy un soberbio? Si en eso consistiera, bien fácil cosa fuera, todos fuéramos humildes; porque todos andamos diciendo de nosotros que somos unos tales y unos cuales: plegue al Señor que lo sintamos así, y que no lo digamos solamente en la boca por cumplimiento. ¿Pensais que consiste la humildad en traer vestidos viles y despreciados, ó en andar en oficios bajos y humildes? No consiste en eso, porque ahí puede haber tambien mucha soberbia, y desear uno ser tenido y estimado por eso, y tenerse por mejor y mas humilde que otros, que es la fina soberbia. Verdad es que ayudan mucho estas cosas exteriores á la verdadera humildad, si se toman como deben, como adelante diremos, c. 22 et seq.; pero al fin no consiste en eso la humildad. Dice san Jerónimo, epist. 27: *Mul-ti humilitatis umbram, veritatem pauci sectantur:* Muchos siguen la sombra y apariencia de humildad: fácil cosa es traer la cabeza inclinada, los ojos bajos, hablar con voz humilde, suspirar muchas veces, y á cada paso llamarse miserables y pecadores; pero si á esos los tocais con una palabra, aunque sea muy liviana, luego veréis cuán léjos están de la verdadera humildad: *Auferantur omnia figmenta*

verborum, cessent simulati gestus, verum humilem patientia ostendit: Cesen todas las palabras fingidas, vayan fuera todas esas hipocresias y exterioridades, que el verdadero humilde en la paciencia y sufrimiento se echa de ver: esa, dice san Jerónimo, es la piedra de toque donde se conoce la verdadera humildad.

San Bernardo descende mas en particular á declarar en qué consiste esta virtud, y pone su definicion: *Humilitas est virtus, qua homo verissima sui agnitione sibi ipsi vilescit* (1): La humildad es una virtud con la cual el hombre, considerando y viendo sus defectos y miserias, se tiene en poco á sí mismo; no está la humildad en palabras ni en cosas exteriores, sino en lo íntimo del corazon, en un sentir bajo de sí mismo, en tenerse en poco y en desear ser tenido de los otros en baja reputacion, que nace de un profundísimo conocimiento propio.

Para declarar y desmenuzar mas esto, ponen los Santos muchos grados de humildad. El bienaventurado san Benito, á quien sigue santo Tomás (2) y otros Santos, pone doce grados. San Anselmo (3) pone siete. San Buenaventura (4) los reduce á tres: y esto seguiremos ahora por causa de mas brevedad, y para que recogiendo la doctrina á menos puntos, la tengamos mas de-

(1) Bernard. tract. de gradib. humilit.

(2) S. Thom. 2, 2, q. 161, art. 6.

(3) Anselm. lib. de similitudinib.

(4) Bonav. proces. 6 Relig. cap. 22.